

PLENARIA FINAL DE LA CONFERENCIA TEOLÓGICA GLOBAL: UNIDAD
Fili Chambo, Superintendente General

Juan 17:1-5: Después de que Jesús dijo esto, dirigió la mirada al cielo y oró así:

“Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, ya que le has conferido autoridad sobre todo mortal para que él les conceda vida eterna a todos los que le has dado. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado. Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la obra que me encomendaste. Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera.”

El Evangelio de Juan enfatiza de manera especial la identidad de Cristo y Su misión; Jesús es identificado como uno con el Padre y el Espíritu Santo. Y a través del Evangelio se enfatiza la unidad del Dios trino la cual es revelada en Jesucristo, el Hijo de Dios, quien es eternamente uno con el Padre, enviado al mundo para reconciliarnos con Dios. Para cumplir la misión redentora de Dios, Jesús se encarnó por medio del Espíritu Santo.

Jesucristo es uno con el Padre y con el Espíritu Santo.

Por medio de Jesucristo, la humanidad está invitada a una relación con el Dios trino.

Jesús dice que vino al mundo cómo un enviado – enviado por el Padre para hacer el trabajo del Padre. Vea Juan 5:19 *“Ciertamente les aseguro que el hijo no puede hacer nada por su propia cuenta, sino solamente lo que ve que su padre hace, porque cualquier cosa que hace el padre, la hace también el hijo.”*

El Padre y el Hijo son uno. Cristo es completamente Dios y completamente humano. Él comparte en la naturaleza divina de Dios el Padre – Él es santo en Su naturaleza tal y como lo es el Padre. Él también comparte en la gloria del Padre. Él comparte en la obra del Padre para reconciliar Su creación a si mismo.

La creación de Dios no es santa por naturaleza. Cualquier santidad es santidad derivada; derivada del Dios trino.

Desde el principio cuando Dios nos creó, Él deseaba que viviéramos en una relación íntima y santa con Él.

Pero, por causa del pecado, la humanidad, creada para vivir en la santidad de Dios – en la naturaleza del Dios trino, ahora le incomoda vivir en relación íntima y santa con Dios. *“Cuando el día comenzó a refrescar, el hombre y la mujer oyeron que Dios el SEÑOR andaba recorriendo el jardín; entonces corrieron a esconderse entre los árboles, para que Dios no los viera.”* (Génesis 3:8).

El pecado creó una brecha entre la humanidad y Dios. Pero sin Dios y Su santidad, nuestras vidas son incompletas y vacías – porque fuimos creado para encontrar cumplimiento en relación íntima y compañerismo con Dios.

Aparte de Él, nuestro ser está distorsionado y corrupto.

Pero gracias a Dios por no rendirse con Su creación. En Génesis ya vemos a Dios viniendo a buscarnos e invitarnos a vivir en comunión íntima y santa con Él; *Pero Dios el SEÑOR llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?”* Génesis 3:9. Aquí mismo en Génesis, Dios comienza a revelar el plan para nuestra redención por medio de la obra de Su Hijo (Génesis 3:15). Y por medio del Antiguo Testamento, Dios revela su plan para traernos de vuelta a comunión con Él.

Por lo tanto, ahora en Jesús este plan divino de traernos de vuelta a la unidad con el Dios trino es cumplido. Es importante notar que no somos traídos a esta unidad como dioses. Nosotros no somos Dios y no somos santos por naturaleza, pero mientras nos mantengamos en Dios, Él nos hará santos y podremos vivir como pueblo santo de Dios aun viviendo en un mundo caído. Por medio de Jesús, somos traídos a la naturaleza de Dios – santidad, y tenemos la misma vida que fluye en Él.

¡Jesús es la persona de la trinidad que hace posible que la humanidad comparta en la santidad de Dios!

Nuevamente, cualquier santidad es una santidad derivada – derivada de Dios. La presencia de Dios en nosotros nos hace santos. Cuando nos apartamos de Él nos distanciamos de la fuente de nuestra santidad.

Para continuar viviendo como pueblo santo y partícipes en la comunión del Dios trino, debemos permanecer en Jesús (Juan 15).

Jesús tiene la autoridad para hacer esto posible.

La autoridad de Jesús

Jesús dijo que el Padre le otorgó autoridad sobre toda persona para poder entregarles vida eterna.

El pecado es impotente y no puede detener el plan de Dios para que vivamos en comunión con Dios y en compañerismo unos con otros.

Jesús nos da una nueva vida, en la cual podemos amar a Dios con todo nuestro ser y amarnos unos a otros.

Por lo tanto, Cristo no solo tiene la autoridad de invitarnos a una vida con Dios, pero también tiene la autoridad de hacer posible o darnos esta nueva vida y darnos todo lo necesario para un relación íntima y santa con Dios. Vea 2 Pedro 1:3-4 “*Su divino poder, al darnos el conocimiento*

de aquel que nos llamó por su propia gloria y excelencia, nos ha concedido todas las cosas que necesitamos para vivir como Dios manda. Así Dios nos ha entregado sus preciosas y magníficas promesas para que ustedes, luego de escapar de la corrupción que hay en el mundo debido a los malos deseos, lleguen a tener parte en la naturaleza divina.”

Jesús cerró la brecha que existía entre nosotros y Dios; y con la autoridad que le fue otorgada, Él nos promete que no nos dejará como huérfanos, siempre estará con nosotros y enviará a Su Espíritu Santo a habitar en nosotros. Jamás tendremos que realizar alguna parte de Su misión o vivir en santidad por nuestra cuenta. Él está en nosotros y con nosotros. Por medio de la obra del Espíritu Santo, Cristo continúa habitando en nosotros y nos permite vivir como seres santos de Dios.

Jesús nos da vida eterna

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado”. Juan 17:3

Esto se refiere a un conocimiento relacional.

No podemos conocer a alguien sin estar dispuestos a tener una relación con esa persona. Logramos conocer y ser conocidos cuando estamos dispuestos a ser vulnerables – abiertos a ser conocidos por la otra persona.

Esto significa que, para conocer a Dios, debemos estar en una relación con Él; caminar, hablar y vivir en comunión con Él.

A través de la Biblia aprendemos del Pacto que Dios hace con Su pueblo. Él desea ser conocido por nosotros y que nosotros lo conozcamos. El nos ofrece caminar junto a nosotros, estar con nosotros, ser nuestro Dios y que nosotros seamos su pueblo (Génesis 17:7, Éxodo 6:6-7, Levítico 26:12, II Corintios 6:16).

Conocer a Dios es conocer Su santidad y Su misión.

Conocer a Dios es vivir en Su santidad y realizar Su misión en el mundo.

Cuando vivimos en Dios, podemos experimentarlo a Él y su obra en nuestras vidas. Logramos conocerle a medida que interactuamos con Él.

No podemos conocer a alguien a la ligera y cuando nuestro propósito para entrar en una relación es egoísta. Para conocer y ser conocido por Dios, uno tiene que invertir tiempo y estar dispuesto a humillarse a si mismo para escucharle y obedecerle.

Jesús expuso a su creación a todo esto y hace posible que la creación entre en esta nueva vida (una vida de santidad) por medio de conocer a Dios y ser conocidos por Dios.

Aunque no podemos santificarnos nosotros mismos o entrar en comunión con Dios por medio de nuestras propias fuerzas, es esencial reconocer que Dios nos creó con la capacidad de responder a su amor santo y sacrificial. Podemos responder a la gracia de Dios y entrar en comunión con el Dios trino por medio de Jesús.

Así que, el énfasis aquí en Juan es que debemos continuar conociendo al único y verdadero Dios y a Jesucristo a quien Dios envió. Esto es una invitación a un caminar continuo con Dios y a una apertura a su voz, dirección y voluntad para nuestras vidas.

Somos invitados a continuar a conocer la relación, compañerismo y comunión que las tres personas del Dios trino conocen entre si.

Por medio de Jesucristo podemos conocer a Dios ahora y continuar conociéndole eternamente – para siempre, por medio de Su Espíritu.

En Jesús, la obra salvífica de Dios para con nosotros a sido completado

Jesús dijo, “*Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la obra que me encomendaste.*” (Juan 17:4) Esta es la vida, ministerio, muerte y resurrección de Cristo y Su presencia que permanece para siempre con nosotros por medio de su Espíritu Santo. El plan de Dios para redimir a toda Su creación ha sido completado y esto le trae gloria al Padre; le trae gloria al Dios trino.

Por medio de Su vida, muerte, resurrección, ascensión y continua presencia con nosotros – cómo el mismo Jesús dijo en Juan 14:18-19 “*No los voy a dejar huérfanos; volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá más, pero ustedes sí me verán. Y porque yo vivo, también ustedes vivirán.*”

Todo esto es el poder de Dios para hacer que vivir en santidad ahora y para siempre sea posible a medida que respondamos a su gracia salvadora y santificadora.

Cuando Jesús vivió entre Sus discípulos, Él les modeló como se ve una vida en unidad con el Padre y el Espíritu Santo. Él también modeló humildad y amor sacrificial por el bienestar de otros (Él entregó su vida por nosotros). Él modeló lo que es una vida de oración y la importancia de estar en comunión con Dios. Él modeló el hecho de que Su misión es la misión del Padre ... Él les demostró a Sus discípulos que Dios es capaz de hacer mucho más allá de lo que pudiéramos imaginar o pedir. Él modeló como vivir en un mundo caído sin ceder a las tentaciones del maligno.

Vivir en santidad es posible por medio de Jesucristo. No hay parte de la obra para traernos a una relación íntima con Dios que no ha sido culminada.

Por lo tanto, no hay cantidad alguna de trabajo ni programas que realicemos que nos pueda hacer santos. Solamente Dios nos puede hacer santos. El trabajo que hagamos, los estudios que realicemos, los programas que tenemos pueden ser medios de gracia para despertar nuestros corazones y mentes, pero en si mismo, no tienen poder de salvación. Solo Dios nos puede traer a la intimidad – a una relación santa con Él. Y en Jesucristo, la obra ya ha sido completada para proveer todo lo necesario para que esto sea una realidad.

Todo esto le trae gloria a Dios.

El Padre, glorificando al Hijo

Jesús ora para que la grandeza gloriosa de Dios sea revelada – manifestada a Él.

Cuando la grandeza gloriosa de Dios – Su soberanía, poder y autoridad son reveladas en el mundo por medio de Jesucristo, Dios el Padre es glorificado – exaltado – magnificado.

Así que, en la obra salvífica de Dios, Dios es magnificado; esto resulta en muchos llegando al conocimiento de la Gloria de Dios – Su presencia y poder salvífico.

Dios es exaltado y alabado por que Él es soberano (Él tiene la autoridad y el poder de redimir a Su creación del pecado y su poder). En Su gloria (presencia) somos continuamente capacitados para vivir en Él y para Él y ser sus santos representantes en el mundo; trayendo a muchos al conocimiento del amor y la gracia de Dios.

Jesús, el Hijo de Dios vino al mundo en forma humana para reconciliarnos con Dios. En Cristo, a la humanidad le es dada la gracia de ser restaurada en una relación santa con Dios. *“Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz.”* Colosenses 1:19-20

En Jesús, toda la llenura de Dios habita (Colosenses 1:15) y Él es *“la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.”*

Por lo tanto, la hora ha llegado para que Dios glorifique al Hijo – por cuanto todo ha sido hecho para traer a la humanidad a vivir en comunión con Dios.

En cierto sentido, estoy convencido que la hora a la que hace referencia Juan no era solo con relación a la muerte de Cristo, pero a la obra general de Dios que es culminada en Cristo. Si esto es cierto, entonces aun en este momento la hora ha llegado para que el Padre glorifique al Hijo. En la presencia continua de Cristo por medio del Espíritu Santo, Dios continúa siendo conocido por nosotros y conociéndonos a nosotros. Nuestras conversaciones teológicas deben estar

centradas en un deseo de conocer y ser conocidos por Cristo; deben estar centradas en el deseo de vivir en relación con el único y verdadero Dios – el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Por lo tanto, mi esperanza y oración para nosotros a medida que comenzamos nuestras reflexiones teológicas acerca de la cristología es que:

– nuestras conversaciones nos dirijan a la hora en que Cristo es revelado de una manera nueva en nuestras vidas, para que le conozcamos más y más y experimentemos Su cercanía, amor, soberanía y obra redentora en nosotros y Su creación. Y que al conocerle podamos discernir con claridad como Él desearía que la Iglesia del Nazareno le represente en el mundo hoy día. Que podamos conocer como Él desea que participemos en Su obra redentora, aun en áreas de la vida diferentes a lo que hemos conocido y hecho a través de nuestro ministerio en el pasado. Por supuesto, esto requerirá que estemos dispuestos a que Él nos conozca más y más. Dios quiere escucharnos y conocer nuestras luchas, que nos incomoda y preocupa a medida que intentamos discernir y seguirle a Él en esas áreas sin precedentes del ministerio. Nuestra incomodidad y preocupación son resultado de las ideas e imágenes de quien es Dios y como Él obra para traernos redención – ideas e imágenes que ya hemos formado basado en lo que ya a ocurrido.

A medida que nos conoce, Él nos puede librar de esas ideas e imágenes que hemos formado en nuestras vidas y sirven de obstáculo para que seamos partícipes en los caminos a los cuales nos está llamando hoy. Él nos puede dar una nueva revelación para que podamos seguirle con integridad. Pero debemos estar dispuestos a escucharle a medida que conversamos, oramos y adoramos juntos.

¡Que esta sea la hora de Dios para la Iglesia del Nazareno!